

Capítulo 27 de «*Aventuras en dos mundos; apuntes de mi vida*», por A. J. Cronin

No cabe duda de que en una gran ciudad los médicos suelen ver la parte más sórdida del matrimonio. Al principio, cuando trabajaba en el norte y en los pueblos mineros de Gales, la institución familiar con que me encontré gozaba de un respeto infinitamente mayor. En aquellos hermosos parajes en los que sus miembros trabajaban juntos la tierra o las minas para obtener su medio de vida, la familia era la unidad esencial de la comunidad; y tanto su existencia como su supervivencia dependían de su misma indispensabilidad. Concretamente, en Tannochbrae padres e hijos se levantaban temprano para realizar las tareas que les estaban asignadas: vigilar el ganado, ordeñar las vacas, arar los campos, hacer el pan, guisar y limpiar la casa y lavar y aclarar la ropa en medio de los húmedos rigores de la colada semanal. En aquella vida, dura y sencilla, existía el sentido del deber, así como un fuerte sentimiento religioso manifestado en las reuniones vespertinas para rezar en familia. Los placeres no eran frecuentes y, sin embargo, la gente se divertía. Y, a pesar de su evidente austeridad, la familia tenía en ella misma sus premios y sus satisfacciones y estaba estrechamente (casi indestructiblemente) unida.

Pero en Londres el cuadro no tenía nada que ver. Allí todas las emociones, comodidades, placeres y distracciones proporcionadas por esta inmensa concentración metropolitana de lo que se ha llamado civilización ejercía una fuerte influencia desintegradora sobre los hogares. Tristemente, faltaba esa innata cohesión que en las comunidades más primitivas mantiene unido al núcleo familiar, y en consecuencia en muchos de los casos con que me encontré la familia acababa separándose.

Con la activa labor de los tribunales metropolitanos de divorcio tuve la oportunidad de observar desgarradores ejemplos de rupturas matrimoniales. Cuando uno contemplaba aquellos pobres niños sin ilusiones y sumidos en el desconcierto, aquellos rencores y amargos resentimientos y la caótica mezcla que solía resultar de todo ello, la situación era tan calamitosa que yo sólo podía preguntarme a mí mismo cómo bajo el Cielo había gente en su sano juicio capaz de permitir que eso sucediera. .

Sin duda, la causa principal de la ruptura de tantos matrimonios se debe a que mucha gente accede al estado de casado con demasiada ligereza e irreflexión, y con un concepto absolutamente erróneo de su auténtico sentido y de sus fines. Pero por desgracia la idea del atractivo sexual como base fundamental del matrimonio, empapada en un dulzón romanticismo y almibarada con la falsa promesa de una eterna luna de miel, se ha convertido en parte integrante del sueño moderno. La atracción física tiene su lugar en el matrimonio: en la mayoría de las relaciones con éxito que he conocido suele durar unos veinte, treinta e incluso cuarenta años. Pero hay otras cualidades infinitamente más importantes que unos labios color rubí, unos ojos brillantes o

el tan popular atractivo de un cutis color melocotón. El abrupto camino de la vida requiere una indumentaria más sólida que unos zapatos de tacón. El amor a primera vista es una ilusión peligrosa; nada más cierto que ese sabio y viejo refrán: «Cásate de prisa y te arrepentirás con tiempo».

Si a tan sólo la mitad de los jóvenes que al primer canto del cuclillo caen desmayados los unos en brazos de los otros se les pudiera enseñar estas realidades, ¡cuántas tristes decepciones posnupciales se evitarían! A todo joven enamorado a punto de casarse habría que citarle la descripción que hace Kipling de una mujer: «unos andrajos, un hueso y una madeja de pelo»; ya toda prometida recordarle que «tu héroe, tu gran amor, no es más que un hombre del montón».

En sus primeras observaciones, el inmortal personaje del Vicario de Wakefield se aproxima mucho a esta idea: «Yo escojo a mi mujer», dice, «del mismo modo que ella su vestido de novia: *por que tenga cualidades duraderas*». Adviértase que no lo hace porque ella sea otra Afrodita. En mi *Escocia* natal, blanco frecuente de la crítica humorística, el cortejo se considera un asunto serio. La pareja «saldrá» junta durante varios años para que su mutua compañía les haga conocerse el uno al otro, para discutir cada detalle del futuro, ahorrar dinero y hacer realidad los planes concretos de su vida en común, de manera que tras este período de prueba acaben casándose, y lo hagan sobre los sólidos cimientos del entendimiento y el respeto, y no sobre alguno de los peligros que tan a menudo ciegan los inicios del matrimonio.

Realmente los primeros meses de cualquier matrimonio son con mucho los más decisivos. Ya ha desaparecido el nerviosismo previo a la ceremonia de la boda; los éxtasis de la luna de miel han disminuido y con frecuencia los recién casados ponen los pies en la tierra con una fuerte e inesperada sacudida. Aún no están acostumbrados a vivir juntos ni tienen la madurez y la experiencia necesarias para adaptarse a una rutina que aparece de repente y les enfrenta a las dificultades de la vida: problemas de finanzas y manejo del hogar, dudas y obstáculos relativos al sexo, parientes y religión, e incluso la primera irritación provocada por los hábitos personales del otro. Ellos creían que para obtener la felicidad perpetua no tenían más que casarse. Ambos han construido un resplandeciente edificio de esperanzas. ¿Y qué se encuentran?: un montón de platos grasientos junto a la pila de la cocina, una cama sin hacer, el portazo dado por el joven marido después de besar a su mujer por encima para salir corriendo en busca del autobús que lleva al centro. En ese momento la vida puede aparecerse repentinamente como algo amargo y duro, una monotonía insufrible. Y es entonces cuando quizá nazca en el subconsciente de las dos partes un pensamiento insidioso: ¿sabía lo que hacía cuando di este paso decisivo? ¿No estaría mejor si hubiera conservado mi libertad?

En un sórdido piso de dos habitaciones situado en un callejón de Bayswater conocí a una pareja así. No llevaban casados más que un año; pero desilusionados por la monotonía del ambiente, por las limitaciones impuestas a sus ambiciones personales y por los choques de sus temperamentos, decidieron que había llegado el momento de separarse. Él era arquitecto: un joven inteligente que, en lugar de conservar su trabajo en una importante firma dedicada a la construcción de viviendas semi-independientes, resolvió irse a Roma para reanudar sus estudios, pues albergaba el deseo de edificar una espléndida

catedral. Ella, una licenciada enamorada del arte, no retrocedía ni un milímetro en su absoluta determinación de abandonar los odiados guisos y el lavado y planchado de la ropa a cambio de una vida más plena y libre en el Left Bank de París. Cada uno de ellos me confió sus intenciones por separado y con amarga tozudez, más patética aún por el hecho de que ambos se querían. Pero nadie sabe la tontería que hubieran podido cometer. Afortunadamente, la naturaleza les echó una mano y fui yo quien, en calidad de médico, les informé de que dentro de poco tendrían un niño. Aquella contingencia totalmente inesperada les hizo acercarse el uno al otro, darse cuenta de sus responsabilidades y, como en el fondo los dos eran buenas personas, tomar la decisión de volver a empezar. Ahora tienen cuatro niños y, aunque ya no se acuerdan de su catedral ni de su puesto de honor en el Louvre, han superado sus problemas del principio, prosperado económicamente y formado un hogar sumamente agradable.

Sin duda los niños son los principales salvadores del estado matrimonial: las estadísticas demuestran que el mayor número de divorcios se registra en parejas sin hijos. La llegada de un niño a la familia provoca en los padres un sentimiento de éxito o satisfacción; los une más estrechamente, con una solidaridad nueva; el vigilar y guiar al niño desde la infancia en adelante despierta nuevos intereses y placeres; y les brinda la oportunidad y la intención de ayudar a hacer crecer a un individuo que será un honor para la sociedad y para ellos mismos. No nos confundamos: los niños no son criaturas absolutamente angelicales que «traen nubes de gloria de arriba», ni están siempre dispuestos a hacer realidad los deseos de sus padres, ni resuelven por sistema los conflictos familiares. Al contrario, con frecuencia la llegada de un niño desbarata el orden familiar tanto de día como de noche, trastorna el equilibrio entre los esposos y trae nuevos problemas, obstáculos y preocupaciones. Pero el niño vale mucho más que todo eso, cien veces más. ¡Qué sensatas son las parejas que remedian la mala fortuna de una unión estéril mediante la adopción! Los maridos que eluden las responsabilidades de la paternidad y las mujeres que se niegan a cumplir su función de madres no hacen sino prostituir el estado matrimonial.

Cuando nos graduamos en la Universidad, tuvimos un viejo profesor de medicina escocés que de despedida solía dar a su clase este consejo: «Idos y casaos, muchachos. Tened niños. Hacedlos crecer buenos, fuertes y sanos. Y educadlos de modo que sean un honor para vosotros». Era un anciano con experiencia y versado en las trampas y escollos de la vida que ponía en práctica lo que predicaba, pues su propio hijo llegó a ser uno de los mejores médicos de Europa.

Esta forma de ver las cosas exige que tanto el matrimonio como la familia se tomen en serio. Tenemos que trabajar, y trabajar mucho, para obtener las alegrías y satisfacciones de la vida familiar. Debemos aprender a adaptarnos, a encontrar pruebas y obstáculos difíciles de superar, a adquirir más comprensión y auto-control, a practicar las discretas virtudes de la paciencia y el sacrificio personal; ¡Cuántas veces me he topado con ejemplos de heroísmo, con actos de coraje y de entrega ni hechos públicos ni alabados que sin embargo sugieren ingentes cantidades de la fuerza, de la riqueza y del fino tejido de los lazos familiares! He conocido a una mujer que, sin dejar escapar un solo

murmullo, padeció durante meses una dura y peligrosa enfermedad, y se negó a decidir nada a su esposo por temor a dar al traste con ciertos negocios vitales para el futuro de éste. En otra ocasión visité a una viuda ya mayor, que literalmente se había dejado morir de hambre con objeto de que su brillante hijo pudiera licenciarse por el Trinity College. ¡Y cuán vívido es el recuerdo de aquel hombre que me visitó para pedirme que atendiera a su mujer en el alumbramiento de su primer hijo! Cuando con nerviosismo abrió su cartera en mi consulta, sobre mi mesa cayeron accidentalmente dos fichas de cartón. Las recogí: eran dos papeletas de empeño. Confundido, me explicó que últimamente había estado trabajando sólo media jornada y que había empeñado su reloj para dejarme una señal a cuenta. Inmediatamente le dije que no hacía falta, que podía pagarme cuando las cosas le fueran mejor. Luego le pregunté con curiosidad:

-¿Y la otra papeleta? Su embarazo aumentó aún más, pero el hombre acabó haciéndome esta vacilante confesión: el día siguiente era el cumpleaños de su esposa. Y no podía –sencillamente, no podía– dejarlo pasar. Así que también había empeñado sus medallas de guerra para comprarle un regalo: un pequeño broche de plata.

Un hogar se construye con ejemplos así de solicitud y negación de uno mismo. En él no hay lugar para el hombre y la mujer egoístas o que sólo atiendan a sus propios deseos. Pero quienes reconocen sus responsabilidades, quienes se enfrentan a los obstáculos y los superan, recibirán como premio abundante la intimidad de la vida en familia, la alegría de una casa que no es solamente un lugar donde dormir; los intereses comunes, la solidaridad y los placeres de un hogar unido. Y si digo esto con emoción es por la felicidad que me ha proporcionado mi propio matrimonio, una felicidad cuya causa reside en ese golpe de fortuna que me envió una mujer tan delicadamente moldeada por su vida anterior; tan paciente, sacrificada y sensata; y, sobre todo, tan absolutamente fiel en todas las vicisitudes de nuestros treinta años de vida conyugal que sin ella la existencia me resulta impensable.

Muchas veces me han preguntado cuál es la virtud más necesaria para asegurar una unión perfecta. Sin duda, la respuesta es: lealtad. El peor pecado contra el estado matrimonial, la roca por la cual la felicidad familiar naufraga con más frecuencia, es la infidelidad. La infidelidad es una mercancía de mala calidad, una despreciable traición contra la mutua confianza, el más vil pecado del libro de los errores humanos.

Pero existen otras deslealtades que, aunque físicamente no tan obvias, en cierta medida resultan igual de peligrosas. Durante mi carrera conocí a una familia (madre, padre, hijo adolescente e hija) en la que, a pesar de la abundancia de dinero y de las cosas buenas pero superfluas de la vida, existía un fondo de constante discordia. La virtud de la esposa no podía ponerse en duda: ella misma habría desdeñado la más simple y remota sugerencia de engañar a su esposo. y, sin embargo, esta mujer parecía albergar durante todo el día un inconsciente deseo de menospreciar a su marido a ojos de los niños. En cuanto él hacía la más pequeña observación, ella alzaba las cejas e intercambiaba una mirada irónica con su hijo o con su hija o bien criticaba de una forma u otra sus opiniones, su forma de vestir y hasta su aspecto.

Esta misma inherente deslealtad la cometen las esposas que hablan mal de sus maridos a sus espaldas; los esposos que se quejan a otras mujeres de lo poco que los entienden; y las esposas y esposos que buscan comprensión en un amigo, un familiar o una madre yéndoles con cuentos de tal o cual injusticia, de la extravagancia de ella y la crueldad de él: es decir, de todo el repertorio de defectos humanos que ven en la otra parte, pero que son incapaces de reconocer en sí mismos.

En estas condiciones ninguna vida conyugal puede sobrevivir: la casa dividida contra sí jamás resistirá. La gente como ésta tendría que enterrar sus pendeencias en el patio trasero de su casa, sonreír (si es que pueden) ante los errores del otro e intentar tomarse con humor esos terribles motivos de queja que, cuando se magnifican y distorsionan, hacen de Pepe un monstruo y de Pepa una mujer, sin corazón. Entre todas las ayudas posibles para el equilibrio familiar ninguna es más digna de bendición que el sentido del humor.

¡Qué bien recuerdo esa noche, en los primeros meses de nuestro matrimonio, en que volvía a la pobre vivienda que ocupábamos en Tregenny, el áspero pueblo escocés en que inicié mi experiencia profesional y donde traté de consolidada! Me encontraba deprimido, preocupado por un asunto que tenía mal cariz, muerto de cansancio después de un día de duro trabajo pasado bajo la lluvia, y con un hambre canina. Podría haberme comido una vaca. En su lugar, mi mujer me presentó con todo cariño un huevo cocido. Haciendo un gran esfuerzo, me dominé y rompí la cáscara: el huevo estaba podrido. En ese mismo momento me vine abajo y empecé a proferir cuantos adjetivos e insultos conocía. Después de lo cual mi esposa, que llevaba todo el día bregando con sus propias preocupaciones, se puso a devolverme lo mismo que estaba recibiendo.

El intercambio fue de mal en peor hasta que de repente, en un momento de respiro, nos detuvimos, contemplamos cada uno los ojos desorbitados del otro y luego, dándonos cuenta de lo absurdo de todo aquello, estallamos en un desenfrenado ataque de risa y nos echamos el uno en brazos del otro. Una vez restablecida la armonía, cogimos el tren y nos fuimos a unas diez millas de allí, a la ciudad más cercana del valle; después de cenar abundantemente, nos trasladamos al cine cubierto para ver a Charlie Chaplin en *The King*. Lo que podía haber sido una trágica ruptura acabó en dichosa reconciliación, sólo porque dos jóvenes tuvieron la suficiente sensatez de ver lo cómico de un huevo podrido.

Una tolerancia amable favorece mucho el que las ruedas de la vida familiar giren suavemente; y especialmente cuando vamos cumpliendo años, hace maravillas practicar esa delicada diplomacia que podría llamarse el arte de ser mutuamente agradables el uno con el otro. Si a su marido se le empieza a caer el pelo, o suele jadear un poco cuando sube las escaleras, no haga usted ningún comentario acerca de tan crueles síntomas del paso del tiempo. Y si su esposa da muestras de haber engordado, señal del inicio de su curva de la felicidad, dígale con énfasis que en su gordura es mucho más atractiva que cuando usted se enamoró de ella. Cuando sus hijos hagan ruido o vayan desaliñados, cuando se sienten a la mesa sin haberse lavado las manos, o cuando impriman sus huellas en el suelo recién fregado, intente observar un comportamiento mejor que el de dejarse llevar por el genio o caer en el ejercicio conocido como «ponerse a dar gritos». Un poco de generosidad y algo de aliento

pueden ser más eficaces que cien bastonazos. Gracias a Dios, no podemos exigir de nuestros retoños esa gazmoña y a veces obligada sumisión de la época victoriana, pero sí reemplazada por una afectuosa camaradería infinitamente mejor.

La ternura y la buena voluntad son elementos fundamentales a la hora de promover la unidad y estabilidad familiares. Pero más importante aún es la necesidad de alguna manifestación de tipo religioso. No hay duda de que nos hallamos muy lejos de aquellos días en que en cualquier casa la Biblia se leía en voz alta. Quizá pueda ser también que esa imagen del niño murmurando sus oraciones junto a su madre muchos la contemplan como algo irrisorio, como un cromo sentimental del pasado.

Pero, a menos que en el hogar se preste alguna atención a los valores espirituales, será inevitable que la familia acabe derrumbándose. No sólo de pan vive el hombre. Una familia nunca florecerá si no obtiene la inspiración del Cielo. «La familia que reza unida permanece unida.»

Desde el principio de los tiempos el deseo básico del ser humano ha sido el de tomar compañero, tener hijos, proporcionarles cobijo, calor y alimento y protegidos de los peligros con que los amenaza el mundo exterior. La llegada del cristianismo sirvió para santificar y dignificar este impulso primario. Y desde entonces, durante siglos, la familia ha ocupado lugar primordial no sólo en la salvaguarda de la moralidad, sino también en la evolución de la cultura humana. Donde quiera que la familia florezca vigorosa y unida, se encontrará una sociedad fuerte y sana. En una era de miedo e inquietud en que el hombre, rodeado de fuerzas hostiles, se siente aislado en una oscura soledad, la familia es su principal y última esperanza: su esperanza de auto-preservación, la esperanza de conservar la dignidad humana y las cosas buenas de la vida.